

VOLVER A LA FUENTE

Habéis venido a escuchar la comunicación que el Rector de la Universidad dirigirá a sus egresados; pero yo os invito a ingresar como antaño a una reflexión, a un ensimismamiento, a una búsqueda de vosotros mismos en este tiempo alterado y difícil. Os invito a un regreso, para construir el proyecto que partiendo de nosotros nos permita volver a la vida cotidiana con nuevo aliento para la acción y el pensamiento. Aquí tendréis un momento de retiro en que cada cual estará junto a los demás; pero consigo mismo, en meditación.

Somos parte de una sociedad universal azotada por la angustia y el terror, que aniquila las fuentes de la vida y paraliza el ánimo; pero que al mismo tiempo busca su salvación en un renacimiento que se asiente en una nueva concepción del camino.

Hasta hace algún tiempo el camino determinaba y señalaba el andar; pero ahora es el andar bien dirigido el que abre los caminos. La realidad primaria del hombre es el estar preocupado de su porvenir; el tener una ocupación anticipada y con ello estar extendido en el tiempo.

Antes la base implícita del conocimiento físico se asentaba, en que el investigador se limitaba a observar el fenómeno y definirlo en fórmulas estrictas; pero el principio de la indeterminación nos enseña hoy que el investigador, al observar el fenómeno, lo produce; que la observación resulta y se convierte en producción y que por lo tanto la física, en lo que concierne al conocimiento, ha dejado de existir en el sentido antiguo y el hombre se convierte en responsable no sólo de sus actos morales, sino del mundo físico que da a luz.

La imagen del mundo que teníamos hace algunos decenios era la de un mundo estático, que obedecía a leyes inmutables y se desarrollaba de acuerdo a sus orígenes, siempre idéntico a sí mismo. Pero hoy sabemos que la imagen del mundo de nuestro tiempo es la de lo que cambia, es el cambio mismo; el conocimiento de lo cambiante es un proyectarse constante de nuestra capacidad creadora y a eso llamamos ciencia e investigación.

La imagen que hoy tenemos de nuestro cosmos social y del ser humano es la de un fluir constante, de mutaciones ininterrumpidas, que al proyectarse en el futuro alteran la imagen de lo que somos hoy día. De aquí surge una vivencia en relación con nuestro saber y la acción que él tiene sobre nuestro proceder cotidiano, sobre nuestra moral. No hay conocimientos fijos o definidos como los hubo antes; todo lo que aprendimos es parte de un proceso de aprendizaje en el que, el ayer, el hoy y el mañana se revisan y rectifican y la acción del hoy y del aquí se nos presenta extendida en el tiempo como nosotros mismos lo estamos, justificándose en el acontecer del mañana.

por el Rector JUAN GÓMEZ MILLAS

Así, el futuro, como un inmenso e invisible imán, orienta nuestro historial.

Antes del mundo era, hoy deviene; antes la ciencia era; hoy la ciencia y el arte, dos maneras de ver y explicarse el mundo, devienen y en ambas estamos comprometidos, porque la una es la imagen que tenemos del mundo y la otra la expresión de la vida. Como en los orígenes de las cosas, ambas están pletóricas de posibilidades que acuden al proyecto y al rigor de la investigación. ¿No es ésta la experiencia íntima del químico, del biólogo o del físico? ¿No es ésta la experiencia del historiador que busca en lo incierto de lo singular el significado del acontecer?

Lo mismo ocurre en la vida cotidiana: en el trajín de cada día regido por la tecnología: nuevos materiales, nuevas fuentes de energía, nuevos métodos, nuevos instrumentos y nuevos problemas desafían a diario el saber y la capacidad de científicos y tecnólogos; cada día las cosas que ayer se aprendieron quedan perdidas y olvidadas detrás de las nuevas. Aún no termina un estudiante de adquirir su entrenamiento básico y la información fundamental cuando ya nuevas fuentes impensadas de conocimiento y aplicación entran al mercado y a la competencia. Apenas si le quedan al estudiante al término de sus afanes los elementos esenciales de su formación, de su verdadera y permanente educación para seguir informándose y responder a los retos de la vida. ¿Dónde encontrar el reparo contra esta formidable avalancha que parte de nosotros mismos? ¿Cómo dar sentido y significado a esta inmensa masa del saber creciente?

¿Es que ocurre algo semejante en las grandes sociedades organizadas en estados? Contradicciones y conflictos caracterizan la vida internacional de nuestro tiempo y cualquier acontecimiento que se produce o pone en marcha en cualquier parte del mundo afecta a todo el resto; todo lo que ocurre adquiere caracteres de universalidad. Los opuestos se identifican y las tensiones, a pesar de todo, se mantienen; las ideologías se entrecruzan y mezclan en confuso y arremolinado torbellino con los acontecimientos de cada una de las partes de la tierra. He aquí como Erik Fromm, hace pocos meses, tipificaba una parte de este fenómeno: "los rusos creen representar el socialismo porque hablan el lenguaje de la ideología marxista, sin reconocer cuán similar es su sistema a las más desarrolladas formas de capitalismo. Nosotros en Occidente, que creemos representar el sistema individualista, la iniciativa privada y la ética humanista, porque estamos aferrados a nuestra ideología, no vemos que nuestras instituciones de hecho y en muchos aspectos se asemejan más y más cada día al sistema comunista. Pensamos que la esencia del sistema ruso es que el individuo es un subordinado servidor del estado y por lo tanto carece de libertad. Pero en cam-

bio no reconocemos que el individuo, en la sociedad occidental, se convierte más y más en un servidor subordinado del aparato económico, de las empresas colosales y de la opinión pública. Nosotros no vemos que el individuo al enfrentarse con esas empresas gigantes, con esa tremenda maquinaria gubernamental y con los omnipotentes sindicatos termina por tomarle miedo a la libertad, pierde la fe en sus propias fuerzas y capacidades y busca protección frente a ellas identificándose con ellas y sometiéndose totalmente a esos grandes gigantes".

¿No fueron esos los comienzos del feudalismo occidental entre los siglos VI y IX d. de C., cuando los humildes para vivir debieron comer, como decía la fórmula de entonces, de la mano de un señor?; mientras, el pueblo salmodiaba en las iglesias la oración carolingia "Dad, Señor, paz y concordia a los príncipes cristianos".

Ninguna época como ésta en que vivimos requiere de un mayor coraje para reflexionar acerca de su significado y fundamento, ni ninguna como ésta poseyó la imagen de un mundo. Cinco son las manifestaciones esenciales de la Edad Moderna, los signos de nuestra modernidad. Ya las apuntó Heidegger en 1938: la primera es la ciencia entendida como investigación y ésta como el esquema o presupuesto, proyecto desde el cual interrogamos a la naturaleza o a la historia. La segunda es la técnica maquinista, como autónoma transformación de la praxis que exige la aplicación de la ciencia natural matemática. La tercera es que la obra de arte se convierte en objeto de vivencia y por tanto se considera al arte como expresión de la vida humana.

La cuarta es mirar la actividad humana como cultura y realizarla como tal. De donde resulta que cultura es la actualización y realización de los valores supremos mediante el fomento cuidadoso de los bienes supremos humanos. Pertenace a la esencia de la cultura hacer a su vez este fomento objeto de fomento y dar nacimiento así a una política cultural.

La quinta manifestación es aquella que Heidegger llamar "desdiosamiento", entendiéndose por tal un doble proceso; por un lado la imagen del mundo se cristianiza; es decir, su fundamento se supone infinito, incondicionado y absoluto y por otro lado, el cristianismo se reinterpreta a sí mismo como una visión del cosmos, la cosmovisión cristiana, con la cual se moderniza; es decir, participa de una época que tiene una imagen del mundo. Imagen que no excluye la vivencia religiosa.

Vivimos sumidos en un mundo que escapa a nuestros sentidos, aun cuando la percepción de sus campos sea ampliada por la técnica; creamos elementos y desafiamos el misterio del origen de lo vivo. Algo similar ocurre en las relaciones humanas; los opuestos se re-

concilian en la intimidad del procedimiento. ¿Qué participación tenemos nosotros, los del mundo subdesarrollado, en esta imagen cambiante y dinámica del mundo? ¿Estamos fuera de ella? ¿Nos sentimos sujetos u objetos de esta historia moderna? ¿Cuál puede ser nuestra respuesta? ¿Quiénes tienen la mayor responsabilidad de la respuesta? Quienes imparten el saber y quienes lo adquieren son los primeros y más profundos responsables. ¿Por qué? Permittedme que nuevamente recuerde un pasaje en que Heidegger comenta la voluntad de poderío de Nietzsche como esencia de la vida. He lo aquí: "la pregunta acerca del conocimiento en general y de la ciencia en particular debe tener ahora primacía, no sólo porque la ciencia determina nuestro campo de trabajo más apropiado, sino ante todo porque conocimiento y ciencia han llegado a ser un poder esencial dentro de la historia de Occidente. La ciencia no es sólo un campo de actividades culturales entre otros campos, sino que la ciencia es un poder fundamental en virtud de la cual el hombre se relaciona con el ser y se afirma en la vida (en el ser). El hecho de que hoy se pueda decir en un periódico que "el embalaje de paquetes" sea objeto posible de una ciencia universitaria no es una simple broma, ni significa una degeneración de la ciencia, sino que más bien representa fenómenos de nuevas ramificaciones de un proceso que partió ya hace siglos y cuyos fundamentos metafísicos se encuentran en que desde los comienzos de la metafísica occidental el conocimiento y el saber fueron pensados como "tekne". Preguntar por la esencia del conocimiento significa traer a la experiencia lo que acontece propiamente en la historia, es decir en nosotros, que somos historia.

La verdad para Nietzsche era aquello por lo que el hombre se esfuerza, lo que exige que domine en todo hacer y omitir, desear y donar, experimentar y formar, sufrir y superar. Hay en el hombre una voluntad de verdad.

Es esta voluntad de verdad la que irrumpe en ese mundo que se levanta en África y Asia y América Latina. Los hombres de esos continentes se han percatado, tras una dolorosa experiencia, que es en la ciencia, la cultura, la educación donde se concreta la voluntad de verdad que concede al hombre un lugar eminente en el cosmos; una voluntad de saber que se convierte en una voluntad de poder sobre la naturaleza. Esta experiencia adquirida en el contacto con el hombre euro-americano-soviético les señala y aclara la ruta abierta por la metafísica occidental y la imagen que nuestra época tiene del mundo. La lección está en marcha.

En los días del emperador Augusto, Horacio y Virgilio cantaron las glorias de Roma civilizadora y pacificadora del mundo; pero muy pocos vieron las amar-

gas lágrimas con que, ya viejo, Augusto reclamó de su prócónsul las legiones perdidas en Germania. El, como antes Escipión Emiliano, dividió en la gloria de los triunfos la penalidad de la caída. El gran imperio, para subsistir, debió invertir en los limes, los campos decumáticos, los castella, es decir en la defensa, una inversión cada día más considerable de sus ingresos, hasta llegar al siglo III a. de C., impotente para contener las presiones externas de los bárbaros, los subdesarrollados de entonces. Dividido en su intimidad por las luchas entre los señores de la guerra y la competencia entre grandes religiones orientales populares, mitraísmo y cristianismo, que aspiraban a la Iglesia Universal, se desintegró y la avalancha de los subdesarrollados penetró por todas partes. Ni la poderosa administración de los Antoninos, ni sus esclarecidos talentos, lograron detener el curso de la historia irreversible. Pero en esos mismos días en que caía la ciudad terrena, Agustín construía una nueva ciudad, la ciudad que imperaría durante siglos en Occidente. Crepúsculo y Aurora aparecieron a un mismo tiempo en el horizonte del Eucumenos.

Las grandes potencias que hoy día, lo quieran o no, se disputan el dominio universal, por razones de seguridad o de libertad, marchan rápidas a sobrepasar su capacidad de equilibrio sensato psicológico y material. Una experiencia histórica muy antigua muestra que cuando las tensiones y contradicciones internas se agravan, surge la amenaza de la caída; lo que costó siglos en alcanzar su forma en muy pocos años se desforma y con ello se afecta su estabilidad. La ciencia natural muestra, por otra parte, que las grandes especies que alcanzaron un gran desarrollo y una máxima adaptación al ambiente ecológico, al producirse un rápido cambio de ese medio, su mismo desarrollo les impidió, muy a menudo, readaptarse y perecieron. Por el contrario, otras especies menos adaptadas y más abiertas a las mutaciones y que tuvieron que realizar un menor esfuerzo ante los cambios, justamente porque estaban más libres y abiertas pudieron ascender en la escala de la vida orgánica animal o vegetal. La paleontología está llena de estos hechos.

Grandes modificaciones se están operando en la vida humana y en sus condiciones de existencia. Las potencias mundiales están invirtiendo una porción cada día mayor de sus recursos materiales y humanos en la llamada paz armada y guerra fría. Nosotros los de América Latina, África y Asia, estamos abiertos y libres para los grandes saltos; la ciencia y la técnica nos ofrecen nuevas posibilidades al alcance de nuestras manos para desarrollarlas y adaptarnos con agilidad a los nuevos hechos; podemos invertir la casi totalidad de nuestros recursos en intensificar nuestra capacidad de ingreso y nuestras potencialidades de ascenso científico y tecnológico y mientras la guerra

fría agotadora perdura, realizar a grandes trancos nuestro progreso. Pero esto reclama la creación en nosotros mismos, de un hombre nuevo capaz de una actitud nueva frente a las responsabilidades y a la vida; mirarla como un desafío y meditarla como un deber.

Es en nosotros mismos donde está la fuente de nuestra libertad y de nuestra seguridad y de la armonía de estos dos términos que aparecen contrapuestos en el círculo de las grandes potencias.

Si la ciencia, la tecnología, la educación y la cultura tienen la primacía en la construcción de la edad moderna, démosle esa prioridad en la práctica del gobierno y en todos nuestros actos privados y públicos y allí donde falte capital, pongamos nuestra voluntad de poder, que es en el fondo nuestra voluntad de verdad y de vida.

La seguridad que el hombre requiere para vivir no se opone como muchos creen a su libertad, al desarrollo pleno de su iniciativa y de su capacidad de progreso; pero desgraciadamente el inmenso poder que han conquistado algunas naciones parece extender un velo sobre sus caminos futuros. La concepción que en otra vez tuvieron de sociedades abiertas, ágiles para adaptarse a los cambios y producir las mutaciones convenientes, ha sido reemplazada por la idea de sociedades blindadas, aparentemente seguras tras poderosos bloques defensivos. Olvidan que la esencia de lo humano fue siempre la libertad de movimiento de readaptación y cambio y que el ser humano, al dejarse aplastar por sus gigantescas estructuras burocráticas públicas o privadas, se deshumaniza y regresa a las formas primitivas escondidas tras su blindaje.

El equilibrio sensato y sano entre la libertad y la seguridad, que es uno de los temas de nuestro tiempo, no lo podemos adquirir sino en los centros libres de la cultura y de la ciencia, en las Universidades; es en ellas donde podremos defender al hombre contra sí mismo, y de pasar, sin perder su destino humano de un nivel de desarrollo a otro más alto y derivar todas las posibilidades que hoy le ofrecen la visión dinámica del conocimiento y de la ciencia. Y sois vosotros, egresados de esos centros del saber y la investigación, los misioneros y sostenedores de esta nueva actitud de renacimiento y humanismo.

El renacimiento está entre las posibilidades de los más débiles, de los que menos tienen que invertir sus ingresos en la conservación de su poder; entre los humildes de este mundo que no necesitan blindarse para subsistir y mejorar. A ese grupo de sociedades pertenecemos nosotros y a estas tierras están cayendo poco a poco los granos de mostaza.

¿Por qué en este período histórico vosotros volvéis a la Universidad? ¿Por qué os preocupáis de su marcha, de su destino? Hay un mundo nuevo que se os apa-

rece como incógnita, no solamente en el gran sistema del mundo sino en la pequeña tarea del soldador, y frente a esa incógnita, a ese desafío del destino, respondéis con un deseo de renacer; un proyecto para comenzar de nuevo.

Hay un momento en la vida en que el hombre confronta toda su experiencia vital y el saber que ha adquirido con las luces y sombras de la realidad; revisa los caminos que ha seguido y aquellos otros que no pudo o no quiso tomar. Se da cuenta que sus conocimientos van quedando retrasados; que un día ingresa a la Universidad y que al momento de salir ya no era el mismo, que algo le había impreso carácter y que ese algo, como una gracia sacramental, le impulsaba a volver a ella o de alguna manera a permanecer ligado a ella. La educación formadora que había recibido le había regalado con una nueva actitud y aunque aquella educación y aquel saber fueran incompletos y mínimos, había logrado dar a su vida un significado nuevo y singular. Debido al carácter que tiene la ciencia moderna investigativa y promotora de acción, ya no era un mero contemplador del mundo, sino un ser responsable de ese mundo, a pesar de estar sumido en él. En esas condiciones se pierde el sentido de partir y decir adiós. Ya uno no se puede separar de las fuentes del conocimiento. En el mundo moderno el conocimiento no se adquiere en un tiempo determinado, por largo que él sea. El conocimiento y la investigación imprimen carácter y como la vida humana se fundamenta en ellos para vivir, hay que volver constantemente a ellos. Pero la vida también en el ser humano tiene un significado y una moralidad esencial definida en los valores.

Todos aquellos que recibieron una educación superior, con ella adquirieron un poder que obliga a una actitud moral, a una axiología, o el poder se convierte en una fuente de disvalor y con ello de acción demoniaca y destructora. El poder, por sí solo nunca basta, siempre necesita asentarse en algún valor para justificarse.

El saber que proporciona la educación superior es un saber de fundamento, que abre el espíritu y ama el desafío, que temple el ánimo y da coraje para reflexionar y para combatir los monstruos de la noche a que se refería Demócrito. El amor que ponemos en la tarea del conocimiento, de la investigación, es lo que nos permite abrirnos a la verdad y producirla en el proyecto de la investigación.

La Universidad es un retiro, es un lugar en que meditamos acerca del mundo y cuando a ella vuelve el egresado remedita su mundo y su vida; reafirma sus conceptos morales; ese regreso es una manera de recuperarse, libre de los afanes de la vida y en el estudio, alentarse, para mejorar la acción. Hay que volver constantemente a la fuente primaria de nuestra más

alta educación para mantenernos también en el nivel más alto.

Al girar la tierra sobre sí misma, unas partes del círculo entran constantemente en las sombras y otras emergen a la luz del sol; en las unas cae la tarde y en las otras amanece. La misma luz azul y nacarada ilumina el crepúsculo y la aurora. Así en la vida humana, mientras los unos, poderosos y altaneros, comienzan a hundirse en el atardecer de la cultura, otras, entonces más débiles, laboran con fervor el alumbramiento de nuevas sociedades y culturas.

Hoy día, como jamás antes, todos los dones posibles se nos ofrecen a los pueblos que no queremos vivir blindados sino abiertos y libres; esos dones, aprovechados por nosotros, nos llevarían a un grande y feliz renacimiento y a nuevas y riquísimas experiencias en los continentes nuevos y eso sólo depende de nosotros. Muchas veces la marcha es lenta y difícil, no todos

podemos ir tan rápidos como deseáramos; pero lo importante es que al tener conciencia de que ascendemos, la alegría de vivir nos dé optimismo y fe en el hombre, en el saber y en la posibilidad de transformarlo en un poder moralmente sano.

Antes de terminar, permitidme ilustrar esta idea con una imagen:

Cuentan los evangelios sinópticos que Jesús gustaba de pasear al atardecer por las campiñas de Galilea; su porte era majestuoso, su andar rápido; las multitudes lo seguían y en especial los niños; todos se apretujaban acercándose para oír sus encantadoras parábolas; pero como su marcha era rápida, muchos, los más débiles, se iban quedando rezagados y no alcanzaban a oír sus palabras verdaderas. Jesús se detenía de vez en cuando y alzándose sobre la punta de los pies los animaba con la mirada y ellos entonces respondían: "¡Jesús, aunque de lejos, te seguimos!"